

con desinterés las costumbres y literatura de otros países, volvió tan racional y tan sabio, que supo conocer los defectos de su nación sin desdeñarla, y celebrar el mérito de sus nacionales, igualmente que el de los extranjeros.

59 Una prueba evidente dió en el *Viaje del Parnaso*, que se imprimió en Madrid el año de 1614. El mismo Cervantes confiesa haberle compuesto á imitación del que con el propio título dió á luz César Caporal, poeta italiano, de quien no pudo hacer mayor aprecio que elegirle para dechado y ejemplar de este poema, cuya invención es sumamente ingeniosa y discreta.

60 Cervantes se glorió siempre de ella, ya fuese por la idea con que compuso esta obra, ya por el anhelo que tenía de parecer poeta. Había tantos entonces en España, que era casi imposible numerarlos, y la mayor parte poetizaba sin otro Apolo que un capricho, hijo de la preocupación y de la moda. El crédito y fama de algunos excelentes poetas, la viveza con que se imprimían los sucesos amorosos y lances de amor, representados en los dulces versos de Lope de Vega y otros elegantes cómicos, dió tal auge á la poesía y la hizo tan familiar, que llegó á ser una manía contagiosa y general hasta en la ínfima plebe de la república de las letras. Todos se creían inspirados de las Musas y agitados del Númen, y todos prorumpían en décimas y sonetos repentinos, cuya composición se ha tenido por largo tiempo como la más concluyente y calificada prueba de ingenio, y era entonces tan común, que en las justas poéticas reinaba un ímpetu y desorden muy parecido al de las asambleas de los quákeros. Cervantes conocía este vicio, veía claramente su origen, deseaba lograr el premio que le era debido, y quiso desengañar al público con el *Viaje del Parnaso*, cuyo verdadero objeto fué hacer una relación de sus méritos, manifestar la decadencia de nuestra poesía por culpa de los malos poetas, y elogiar á los que eran dignos y sobresalientes.

61 Por esto fingió que Apolo, para desalojar del Parnaso á los unos, convocaba á los otros por medio del Mercurio mensajero de los dioses. Esta ficción le dió motivo para referir sus méritos, y hacer patente su desgracia en los dos coloquios, que supuso haber tenido con estas dos deidades. Siempre ha sido bien visto que los que han

servido á su patria en la carrera de las armas ó en otras profesiones útiles, hagan presentes sus servicios, para solicitar recompensa y adelantamiento; la injusticia y sinrazón de los hombres ha exceptuado de esta regla general á las letras humanas, que en realidad son las más útiles de todas, pues sin ellas no es posible llegar á ser consumado en las demás. Los siglos y los hombres en quienes reine semejante injusticia, jamás serán nombrados en la posteridad, la cual venerará siempre los felices tiempos de Alejandro, Augusto, Leon X y Luis XIV, en que el aplauso público y la liberalidad de los príncipes iban á buscar á los sabios en el retiro de su estudio. Cervantes experimentó esta injusticia, y se quejó de ella en los dos expresados coloquios con tanta viveza, modestia y naturalidad, que excita la compasión y lástima de los lectores.

62 En el capítulo cuarto de este *Viaje* finge que Apolo, luego que recibió el socorro de los poetas españoles conducidos por Mercurio, los llevó á un rico jardín del Parnaso, y señaló á cada uno el asiento correspondiente á su merecimiento. Sólo Cervantes no logró esta distinción; él sólo quedó en pié y sin ningún arrimo á vista de aquel concurso, ante el cual alegó todas las obras que había compuesto y estampado, é hizo presente su amor á las letras humanas, y la persecución que le suscitaban por esto la envidia y la ignorancia; pero todo en vano, porque no pudo conseguir el asiento que deseaba. Aun no es esto lo más; el dios Apolo, para consolarle, le aconsejó que doblase su capa y se sentase sobre ella; mas tal era su pobreza, que no la tenía, y así hubo de ceder y quedarse en pié á pesar de sus canas, de su talento, de su mérito y del sentimiento de algunos que sabían la honra y preferencia que le era debida.

63 Fácil será conocer que este coloquio es un verdadero retrato de la desdichada situación de Cervantes en el tiempo que compuso aquel poema; y á la verdad no podía buscar modo más ingenioso para mostrar su extrema miseria, y la injusticia con que le trataban los que por su carácter y destino estaban obligados á discernir el mérito y premiarle.

64 Bien de manifiesto les puso Cervantes el suyo en el coloquio que supuso haber tenido con Mercurio. Luego que éste desembarcó

en España, quedó maravillado de hallar á nuestro autor tan desacomodado y pobre; le colmó de elogios por sus servicios militares, excelente ingenio y aceptación general de sus escritos, y le alistó consigo, eligiéndole para que le informase del mérito de los poetas españoles, comprendidos en una prolija é individual relacion hecha por el mismo Apolo. Cervantes, despechado de que los hombres le negasen el sustento y honor que merecia, se valió como poeta del ministerio de los dioses, para que el sufragio de los unos confundiese la injusticia é insensibilidad de los otros.

65 Esta inocente apología fué recibida en contrarios sentidos. Los émulos y enemigos de nuestro autor, aquellos que, si hubiese callado, hubieran atribuido su silencio á falta de razon, la notaron de arrogante y presuntuosa; mas los generosos é imparciales la recibieron como una defensa justa y moderada, y como un memorial presentado al público por el ingenio más sobresaliente y desvalido de la nacion, que escribia con aquella sábia libertad, tan distante de la elacion de los ignorantes, como de la bajeza de los hipócritas.

66 Igual libertad usó con la crítica que hizo de los malos poetas, censurando el arrojio con que querian apoderarse de nuestro Parnaso, y ajar el decoro de las Musas españolas. Pero esta crítica fué en general, y sin determinar personas; al contrario que las alabanzas, en las que nombró expresamente á todos los poetas distinguidos por sus obras ó por su jerarquía. Elogió excesivamente á cuantos tenían algun mérito, y pasó en silencio á los que eran dignos de reprehension y censura. Tanta era su modestia que contemplaba á todos, como si él tuviera muchas faltas, y procuraba evitarlas, como si no contemplase á ninguno.

67 El fruto de esta moderacion no pudo gozarle desde luégo, porque no se atrevió á publicar aquella obra hasta mucho tiempo despues de haberla concluido. Temia que los poetas medianos sintiesen no verse elogiados al par de los excelentes; conocia que unos tomarian á mal que los nombrase, y otros que no hiciese mencion de ellos; y este conocimiento, junto con el recelo de que su obra fuese quizá mal recibida del conde de Lémos, le determinaron á suspender su publicacion, y á buscar para ello otro Mecénas.

68 No era su sospecha infundada, ni voluntaria. Habíase valido de los Argensolas para que le recomendasen al conde de Lémos, con quien estaban á la sazón en Nápoles. Estos dos ilustres hermanos le hicieron al tiempo de su marcha tantas y tan grandes promesas, que nuestro autor confiado en ellas habia esperado mejorar su suerte con las liberalidades y generosidad de aquel caballero; pero esta esperanza salió vana. Los Argensolas no hicieron los buenos oficios que habian ofrecido, ni se acordaron de Cervantes, y así quedó éste, no sólo sin el auxilio que tanto necesitaba, sino tambien con el recelo de que aquellos famosos poetas no le tenían buena voluntad, y con el temor de que le hubiesen indispuerto con su protector. Este suceso completó su afliccion, y le obligó á pintar tan al vivo su desgracia, y á quejarse de los Argensolas en el referido *Viaje*.

69 Serenaba en parte el recelo de Cervantes y desvanecia sus sospechas, el testimonio de la propia conciencia. Profesaba á los Argensolas un amor sencillo y una amistad inviolable, y les habia dado pruebas auténticas de ella en el *Canto de Caliope*, donde les hizo un elogio apasionado y discreto, y en la primera parte del *Quijote*, en la que propuso como dechado de nuestras composiciones dramáticas las tragedias de Lupercio, *Isabela*, *Filis* y *Alexandra*; pero por lo mismo se le hacia más sensible el olvido de sus dos amigos, que sin duda sería ésta la única vez que faltaron á las leyes de la buena correspondencia.

70 La que encontró despues Cervantes en el conde de Lémos lo hace creer así. Este autor difirió prudentemente la edicion de su *Viaje* y adelantó la de las *Novelas*, que á más de ser de mayor mérito, tenían la circunstancia de tratar asuntos divertidos é indiferentes. El público y el conde de Lémos, á quien las dirigió, las aplaudieron sin término, y Cervantes captó de tal manera la benevolencia de este Mecénas, y se vió tan favorecido de él, que le dedicó todas sus demás obras, á excepcion del citado *Viaje*, que habia destinado ántes á D. Rodrigo de Tapia, caballero del orden de Santiago, y publicó despues de las *Novelas* cuando estaba asegurado ya de la aceptación del conde de Lémos y de la amistad de los Argensolas.

71 No merecia ménos su buena fe é integridad. En el mismo *Via-*

*je del Parnaso*, al propio tiempo que estaba quejoso de ellos, los elogió excesivamente, con particularidad á Bartolomé Leonardo, aunque con la desgracia de que esta accion tan loable fuese mal entendida y censurada por D. Estéban de Villegas.

72 Supuso Cervántes que los Argensolas no concurren al *Viaje del Parnaso*, aunque llamados y solicitados del dios Apolo, por estar empleados en el obsequio del conde de Lémos. Villegas tomó por sátira lo que en realidad era un elogio delicado é ingénuo, y bajo este falso supuesto, queriendo desagaviar á Bartolomé de Argensola, motejó á Cervántes, llamándole *mal poeta y quijotista*: inconsideracion frecuente en D. Estéban de Villegas, y que sólo podian disculpar sus pocos años. El mismo apodo que aplicó á Cervántes debiera haberle acordado que el ser inventor del *Quijote* era un título ilustre, en fuerza del cual debia tener en el Parnaso un lugar preferente á los Argensolas y á los demás escritores de su siglo.

73 A continuacion de este *Viaje* publicó la *Adjunta al Parnaso*: diálogo en prosa, cuyos interlocutores son el mismo Cervántes y otro poeta, que le traia una carta de parte de Apolo, donde estaban incluidos ciertos privilegios y ordenanzas para los poetas españoles. El objeto de esta obra aparece el mismo que el del *Viaje del Parnaso*; pero en realidad no fué otro que querer Cervántes acreditar sus comedias. Por esto supuso que el poeta mensajero de Apolo, como aficionado á este género de poesia, deseaba saber cuántas habia compuesto, y con este motivo refiere y celebra las que se habian representado suyas en los teatros de Madrid, y las que habia compuesto despues y no querian representar los comediantes.

74 Estaba nuestro autor sentido de ellos, porque sabiendo que tenia comedias y entremeses, no se las pedian ni apreciaban, y para desquitarse determinó imprimirlas, á fin que el público conociese su mérito y la ignorancia de los farsantes. Así lo ofreció en la *Adjunta al Parnaso*, y lo cumplió el siguiente año de 1615, publicando ocho comedias y ocho entremeses nuevos.

75 Para conseguirlo le fué preciso sufrir otros desaires, originados de su forzada inclinacion á la poesia. Nunca se verificó mejor la máxima de que los hombres jamas se deslucen tanto por las cualidades

que tienen, como por las que afectan tener. Cervántes no podia costear la impresion por sí, y le era forzoso valerse de otras personas. Acudió para esto al librero Juan de Villaroel, quien le desengañó desde luégo, asegurándole *que de su prosa podia esperarse mucho; pero de sus versos nada*. Esta respuesta le dió tanta pesadumbre, que vendió las expresadas comedias al mismo Villaroel, quien las hizo imprimir por su cuenta.

76 La tibieza con que fueron recibidas del público, y el no haberse representado jamas, sin embargo de estar impresas, fueron dos nuevos desaires que experimentó nuestro autor, por no querer contenerse dentro de sus justos límites. Es casi imposible que un mismo hombre sea excelente en verso y en prosa, y que abrace al mismo tiempo dos extremos tan distantes. Séneca el filósofo refiere que Virgilio escribia tan mal en prosa como Ciceron en verso. Si así es, tuvo este poeta un mérito que no tuvieron ni el orador romano ni el fabulista español. Virgilio no dió á luz prosa alguna por no desacreditarse; pero Ciceron y Cervántes publicaron versos que deslucen su memoria.

77 No obstante, quizá convendria Cervántes en la impresion de estas comedias, más por socorrer su necesidad que por lucir su ingenio. Se sabe que las tenia destinadas á perpétuo silencio, y que las publicó movido del precio que le dieron; y se ve que el mayor elogio que las hace, se reduce á decir que no eran desabridas ni descubiertamente necias. Tal vez su mismo juicio y las continuas censuras que escuchaba, le abririan los ojos para que divisase los defectos de estas obras á la luz de la razon.

78 Lo cierto es que la modestia y llaneza con que habla en el prólogo de dichas comedias, es muy loable, ya procediese de conocimiento propio, ya de deferencia al dictámen ajeno. De cualquier modo que fuese, dió una prueba manifiesta de que su genio era más inclinado á la moderacion de Virgilio que á la ambicion de Ciceron.

79 Lo mismo comprueba la honorífica memoria que hizo en dicho prólogo de los cómicos más sobresalientes de aquel tiempo, especialmente de Lope de Vega, olvidándose con singular generosidad de las persecuciones que le habian suscitado por su causa.

80 Nuestro sabio filósofo Juan Huarte dice, que para la aplica-